

DON ANGEL MARÍA DACARRETE

—  
Á TÍ

¡Triste, en la noche solitaria y fría  
Entre sueños te llamo;  
Triste, al brillar el trabajoso día  
Le digo que te amo!  
¡Tu seno implora mi abrasada frente  
Que abaten los enojos;  
Por tí preguntan con afán doliente  
A cuanto ven mis ojos!  
¡Tiendo los brazos al vapor liviano  
De la niebla ligera,  
Y busco entre las sombras con mi mano  
Tu undosa cabellera!  
¡Dónde estás? ¡Ven á mí! ¡Que otra vez suene  
Tu palabra en mi oído!  
¡Que este vacío de mi pecho llene  
De tu pecho el latido!  
¡De tu mirada con la luz tranquila  
Serena mi alma loca,  
Y el llanto que en mis párpados oscila  
Enjuga con tu boca!

EN SIBERIA

Quaquam inter adversa  
salva virtutis fama.

TÁCITO

I

Sólo contigo, y con tu Madre Santa,  
Señor y Jesús mío,  
Muevo al acaso la insegura planta  
Por el páramo frío.  
Cárcel mortal entre nevados cerros  
Me dieron los tiranos  
Porque osé quebrantar los viles hierros  
Que arrastran mis hermanos.  
A Tí, postrada la rodilla en tierra,  
Se alzó mi alma contrita,  
Y el grito di de Libertad y Guerra  
Que espanta al Moscovita.  
Mas cayeron sus bárbaras legiones  
Sobre mi patria hermosa,  
Como tropel de tigres y leones  
A quien el hambre acosa.  
Hoces y arados en el yunque ardiente  
Troqué en espada y lanza,  
Pero en olas de sangre nuevamente  
Se ahogó nuestra esperanza!

II

¡Ay Polonia infeliz! Sólo veo ahora  
Por tus campos desiertos,  
Cruzar la muchedumbre vencedora  
Galopando entre muertos.  
Mudo ya el bronce, y del feral combate  
El vocerío inmenso,  
Aún se oye el trueno del fusil que abate  
Al mártir indefenso.  
Al pie de los altares el Pagano  
Á tus hijas agarra,  
Las azota con látigo villano  
Y sus lutos desgarras.  
Arrodillado sobre escombros, ora  
El anciano doliente,  
Y, preguntando por sus padres, llora  
El niño balbuciente!

III

¡Ay! que tanto dolor y la aspereza  
De mi destierro impío,  
No turben de mi alma la entereza,  
¡No lo quieras, Dios mío!  
Firme en tu fé y en el amor ardiente  
De mi patria querida,  
Acabe entre estos hielos tristemente  
La miserable vida;

Mas no su amigo el Déspota me llame,  
Mi cuello unciendo al yugo;  
Apriételo más bien con cuerda infame  
La mano del verdugo.  
Y antes que manche del perjuro el yerro  
Mi lengua que te invoca,  
Dura tenaza de encendido hierro  
La arranque de mi boca.

EN LA MUERTE DE LINCOLN

No sobre el campo del honor caído,  
Ni de banderas bélicas cubierto  
Dejó á ese cuerpo ensangrentado y yerto  
Su espíritu inmortal nunca rendido.  
Del lauro ya del vencedor ceñido,  
La ambición y el rencor, en vil concierto  
Con golpe aleve le postraron muerto,  
La desgracia infamando del vencido.  
Mas la mano del bárbaro homicida,  
Nuevo triunfo á los triunfos eslabona  
Con que ilustró su generosa vida;  
¡Que llora el mundo su fatal partida,  
Y brilla más que la imperial corona  
La noble sangre de su frente herida!



Por igual todo el pueblo le quería,  
Ganábase cariño y simpatía  
Con su atractivo solo,  
Y por esto, la madre de Manolo  
Calculad lo orgullosa que estaría.  
Pues bien, este cariño  
Que todo el mundo le tenía al niño  
Excitó contra él la sorda rabia  
De una bruja muy sabia  
Que habitaba en el monte donde ahora  
Ruge la tempestad atronadora.  
Y la asquerosa vieja de dos siglos  
Pensó el modo de hacer un atropello,  
Porque brujas y duendes y vestiglos,  
Por lo feos que son, odian lo bello.  
Un noche como ésta  
Escogió la malvada  
Con la maldita escoba preparada  
Para lograr su pretensión funesta,  
Y el pobre Manolillo, que dormía  
En su humilde cunita de madera,  
Por los aires voló, sin que pudiera  
Saberse nada de él al otro día.  
Loca la madre de dolor, en vano  
Le buscó por el monte y por el llano  
Regando con su llanto los caminos  
De los pueblos vecinos...  
Tanto lloró y rezó, y era tan buena,  
Que Dios, compadecido de su pena,  
Se apareció una vez durante el sueño  
Y la dijo:—No llores, Magdalena,  
Las brujas se han llevado á tu pequeño,

Pero yo estoy contigo  
Y anularé el poder de tu enemigo.  
Y en brazos de un querube  
Cabalgando veloz sobre una nube  
Cruzó tierras extrañas,  
Valles, rios y mares y montañas,  
Y en una noche lóbrega y sombría  
Se encontró de repente  
En un barranco inmundo y pestilente,  
Del aquelarre en la infernal orgía.  
Pidió fuerzas á Dios contra el hechizo,  
Rompió la gran caldera en mil pedazos,  
El concurso rugiendo se deshizo  
Y quedó sola, con su niño en brazos.  
Tornó á la aldea á pie; miles de miles  
De leguas sin abrigo ni bagaje,  
Marchitando sus gracias juveniles  
En las fatigas de tan largo viaje.  
Ansiosa de llegar, sin saber cuándo,  
Pobre, hambrienta, aterida, fué cruzando  
Grandes llanuras, cúspides enhiestas,  
Alegre siempre con el hijo acuestas!...  
Ya véis, pues, por la historia de Manolo,  
Que el amor maternal es grande y solo:  
Cualquiera madre idólatra ó cristiana,  
¡Por sus hijos al diablo se resiste!  
—Menos la mía, interrumpió á la anciana  
Una niña muy pálida y muy triste.  
—¿Qué dices, criatura?  
—Sí, abuelita,  
Que la mía... ¡qué había de hacer eso,  
Si, siendo yo chiquita,

Me abandonó á la puerta de la ermita  
Y no ha venido nunca á darme un beso!

### EL CAMINO DEL CIELO

No se moleste usted, padre Gabino,  
En dedicarme arengas y sermones...  
Usted va con buen fin, pero yo opino  
Que eso es gastar el tiempo y los pulmones.  
«El sendero del bien es muy estrecho,  
Lleno de matorrales,  
De obstáculos enormes, colosales,  
Donde espíritus firmes se han deshecho.  
La senda del pecado no es lo mismo.  
Ancha, florida, alegre á todas horas,  
Oculta los horrores del abismo  
Con velos de ilusiones tentadoras.  
¡Por eso rara vez por la torcida  
Vía de la virtud vemos que avanza  
Un alma acongojada y dolorida  
Á quien sostiene sólo la esperanza;  
Y en cambio en el camino del infierno  
Se apiña multitud pecaminosa  
Que va arrastrada hacia el suplicio eterno  
Por la apariencia aleve y engañosa!»  
Eso me dice usted, padre Gabino,  
Sin creer que me dice un desatino.  
Ustedes, sacerdotes virtuosos,  
Los que respetan su misión sagrada,  
Que aunque saben que hay diablos asquerosos  
De todo lo demás no saben nada,

Suponen que esa vida licenciosa  
Es una infame pero alegre vida,  
Puesto que siendo fruta prohibida  
Debe de ser sabrosa.  
Y dicen á los fieles: «En el vicio  
Hallaréis los placeres, pero abajo  
Esperan las calderas del suplicio.  
El practicar el bien cuesta trabajo,  
Pero luego se encuentra el beneficio.»  
¡Error tremendo, padre! Usted ignora,  
Porque no lo ha probado todavía,  
Que un pecadillo leve de una hora  
Produce un amargor que dura un día.  
Y un bien que se ha prestado ó recibido,  
Una acción meritoria  
Deja en un corazón encallecido  
Esa dulce emoción que sabe á gloria.  
Causa el mal desventuras ignoradas  
Que atroz remordimiento hace secretas,  
Y siempre las pasiones desbordadas  
Dan mayores disgustos que sujetas.  
¿Y la tranquilidad del hombre honrado  
Que es el supremo goce?  
¿Y el desprecio hacia el tonto encanallado  
Que quiere ser feliz y es desgraciado  
Negando una virtud que no conoce?  
¿Y el derecho á reirse del destino  
Y á encontrar en las penas un consuelo  
Que arranca las espinas del camino?  
¡Cállese usted, por Dios, padre Gabino!  
¡Si eso es mejor que el cielo, con ser cielo!

—  
DON EUGENIO SELLÉS  
—

SERENATA

Cuando la noche en sombras al mundo deja  
Y los ojos que celan duermen en calma,  
Con la voz de mi lira llamo á tu reja,  
Con la voz de mis penas llamo á tu alma.

Si despierta tus sueños angelicales  
El rumor misterioso de tus cristales,  
Abre, niña, y no temas á las visiones  
Que el miedo por las sombras tristes derrama;  
Es el amor que vuela por tus balcones;  
¡Soy yo quien llama!

¡Quién tuviera la magia con que mi trova  
Taladrando los muros llega á tu alcoba!  
¡Quién el rayo de luna que va á tu lecho  
Y al besarte los ojos te los desvela,  
Cuando al pié de tu casa, siempre en acecho,  
Soy yo quien vela!

Abre, y perder no temas tus sueños bellos,  
Que es el amor que traigo más dulce que ellos.  
Y deja que yo olvide la luz odiosa  
En tu ardiente pupila, de mi alma dueña,

Que dormido en tu seno de nieve y rosa,  
¡Soy yo quien sueña!

Mas si húmedos encuentras por la mañana  
Los enredados hierros de tu ventana,  
No es que en ellos sus perlas posó el rocío;  
Es que te acusa el llanto de quien te adora;  
Es que al partir sin verte, consuelo mío,  
¡Soy yo quien llora!

Que cuando al mundo en sombras la noche  
Y los ojos que celan duermen en calma, [deja,  
Con la voz de mi lira llamo á tu reja,  
Con la voz de mis penas llamo á tu alma.

## DON MIGUEL DE UNAMUNO

### MEMNÓN

Dormitando su vida el cocodrilo,  
Bebe sangre del sol en la ribera,  
Mientras toma el beduino de cantera  
La esfinge que en la arena halló su asilo.

Duerme la historia junto al sacro Nilo,  
Con el alma en granito prisionera,  
Y en el pétreo Memnón el fallo espera,  
Mirando al cielo con mirar tranquilo.

Mas cuando allá, del alba, en el Oriente,  
Rompe la luz en flujo caudaloso,  
Inundando en vivífico torrente  
El seno del pasado tenebroso,  
Toma de éste la voz, y en himno hirviente,  
Leve oración al Sol reza el coloso.

### FORTALEZA

Si aspiras, como dices, á ser fuerte,  
No busques la engañosa fortaleza

De quien viril juzgando la dureza  
Labra la ruina de su propia suerte.

Escucha al corazón que fiel te advierte  
Que lo que no es amor sólo es flaqueza,  
Y el único el amor que con firmeza  
Da vida y vence á la implacable muerte.

Los débiles forjaron la patraña  
De que no obras de amor, obras de ira  
Todo progreso cual cemento entraña;

Mas en vano la mente con mentira  
La luz del corazón cuida que empaña,  
Que al fuerte siempre la piedad le inspira.

### PIEDAD

Busca de tu alma la raiz divina,  
Lo que á tu hermano te une y asemeja,  
Y del puro querer que te aconseja  
Aprende fiel la santa disciplina.

Oye á tu humanidad que te adoctrina;  
«Todos soy yo; en mi alma se refleja  
Todo placer y toda humana queja»  
Y de falso vigor, fuerte, abomina.

Rompe del egoismo el fatal sino,  
La costra que tupida te sofoca,  
Liberta al Hombre de tu yo mezquino,

Descubre de tu espíritu la roca,  
Y la piedad de manantial divino  
En corriente fluirá que no se apoca.

AL SUEÑO

¡Dueño amoroso y fuerte,  
En los reveses de la ciega suerte  
Y en los combates del amor abrigo,  
Del albedrío dueño,  
Del alma enferma cariñoso amigo,  
Fiel y discreto sueño!  
Eres tú de la paz eterna y honda  
Del último reposo,  
El apóstol errante y misterioso  
Que en torno nuestro ronda,  
Y que nos vierte al alma  
Cuando luchando por vivir padece  
La dulce y santa calma  
Que á la par que la aquieta la enardece.  
Al débil das escudo  
Robusto y bien ceñido,  
Para el combate rudo,  
¡El escudo compacto del olvido!  
Fortificas al fuerte  
Dando á su vida fuerzas de la muerte.  
Tú con tierno cariño  
Nos meces en tu seno  
Como la madre al niño,  
Cantándonos canciones  
Con suave ritmo de caricias lleno;  
Y cuando llega tu hora,  
Jadeantes se tienden las pasiones  
A dormir á tu sombra bienhechora.

En tu divina escuela,  
Neta y desnuda y sin extraño adorno,  
La verdad se revela,  
Paz difundiendo en torno.  
Al oscuro calor de tu regazo,  
Contenta y recogida,  
Como el ave en su nido,  
Libre de ajeno lazo,  
Desnuda alienta la callada vida,  
Acurrucada en recatado olvido,  
Lejos del mundo, de la luz y el ruido;  
Lejos de su tumulto  
Que poco á poco el alma nos agota,  
En el rincón oculto  
En que la fuente de la calma brota.  
De tu apartado hogar en el asilo,  
Como una madre tierna  
De su pecho tranquilo  
Da al hijo dulce leche nutritiva,  
Tú nos das la verdad eterna y viva  
Que nos sostiene el alma,  
La alta verdad augusta,  
La fuente de la calma  
Que nos consuela de la adversa suerte,  
La fé viva y robusta  
De que vive la vida de la muerte.  
Cuando al que sirve sin rencor ni dolo  
Del ideal en el combate duro,  
Puesta la vista en el confin futuro  
Á la verdad tan sólo,  
Le dejan sólo en la tenaz porfia,  
Tú no le dejas;



Tú le sirves de atenta compañía,  
Tú con voz silenciosa le aconsejas,  
Y en horas de tristeza  
Le das tu soledad de fortaleza.  
Cual se lanzan ruidosos los torrentes  
De escarpadas montañas  
Por abruptas vertientes,  
Á descansar del lago en las entrañas  
Donde en mullido lecho  
Los despojos que arrastran de deshecho  
Son de vidas innumeradas la cuna,  
Así nuestras pasiones  
Arrastran á tu lecho, sueño manso,  
Perdidas ilusiones,  
Que á favor del remanso,  
Entretejen en tí una isla vaga  
Isla de libertad y de descanso,  
Retiro de la maga  
Soberana señora, fantasía,  
Que da cuerpo y figura  
Á cuanto el pecho ansía,  
Sacando de tu hondura  
En la dulce visión sin consistencia,  
Consuelo de la misera existencia.  
Eres el lago silencioso y hondo  
De reposada orilla,  
El lago en cuyo fondo  
Descansa del desgaste el sedimento,  
Donde toda mancilla  
Se purga á curso lento,  
Y en que por magia de sutil mudanza  
Se convierte en recuerdo la esperanza.

Cuando se acuesta el sol en el ocaso,  
Deja tras su carrera,  
Vibrando luminoso en la alta esfera  
El áureo polvo de su augusto paso,  
Polvo que lento posa  
En las faldas oscuras  
De la noche callada y tenebrosa;  
Y allá, por las alturas  
Del infinito abriéndose encendida,  
La creación augusta se revela  
En campo sin medida  
Que el sol engañador de día cela,  
Al mostrarnos cual sólida techumbre  
Que á nuestro mundo encierra  
El insondable mar del firmamento  
En que esta pobre tierra  
Se pierde en la infinita muchedumbre  
De los mundos sin cuento.  
Al disiparse así en tu regazo  
El sol de la vigilia engañadora  
¡Oh sueño! ¡mar sin fondo y sin orilla!  
mundos sin cuento surgen de tu seno,  
En que palpita y brilla  
La creación del alma soñadora,  
En campo tan sereno  
Cual el del cielo en noche recogida  
Que á la oración convida;  
Y brotan á lo lejos  
De remotas estrellas ideales  
Los pálidos reflejos,  
Envolviéndose en magia soberana  
El fondo eterno de la vida humana.

¡Dueño amoroso y fuerte,  
En los reveses de la ciega suerte,  
Y en los combates del amor abrigo,  
Del albedrío dueño,  
Del alma enferma cariñoso amigo,  
Fiel y discreto sueño!  
Acógenos benigno entre tus brazos,  
Rompe con puño fuerte  
Del sentido los lazos,  
¡Apóstol de la muerte!  
¡Pon tu mano intangible y redentora,  
Sobre el pecho que llora,  
Y danos á beber en tu bebida  
Remedio contra el sueño de la vida!

DON EMILIO FERRARI

---

DEL CUADRO HISTÓRICO

DOS CETROS Y DOS ALMAS

Regocijos populares,  
Fiestas múltiples y varias,  
Cabalgatas y yantares,  
Músicas, farsas, juglares,  
Enanos y luminarias,  
Están sin interrupción  
Juntamente festejando  
La doble feliz unión  
De Isabel y de Fernando,  
De Castilla y de Aragón.  
Y ya en su regia morada  
Solemne y públicamente  
La boda, al fin, celebrada,  
Y en la ciudad proclamada  
Por heraldos á la gente,  
Los novios al cuarto día  
Salen, entre el pueblo entero,  
Con gala y trompetería,

Á misa á Santa Maria  
De las casas de Vivero.

Verde enramada frondosa  
La calle entolda y abruma,  
Y la carrera anchurosa  
Tapiza al par que perfuma  
Juncia fresca y olorosa.

Bajo un sol que oro destella,  
Bullendo en ambos pretiles  
La multitud se atropella,  
Y en vano pugnan con ella  
Maceros y ministriles.

Todo es lujo y galanura;  
No hay portada sin templete,  
Ni enrejado sin verdura,  
Ni balcón sin colgadura,  
Ni palo sin gallardete.

Ya pifanos y tambores  
Anuncian de cerca el paso,  
Y ya de los miradores  
Llueven el trigo y las flores  
Sobre las vestes de raso.

Abriendo calle á empujones  
En las turbas que resisten,  
Vienen cuarenta peones,  
Y reyes de armas que visten  
Dalmáticas con blasones.

Siguen cabildo y concejo,  
Y en pos, al estilo añejo,  
Botargas y mamarrachos  
Sacudiendo á los muchachos  
Con pelotas de pellejo.

Pasan en fila, ordenadas,  
Con estandartes y guías  
Las parroquias agremiadas  
Y en yeguas empenachadas  
Timbales y chirimias;

Suena una marcha triunfal,  
Y viendo llegar enfrente  
La comitiva nupcial,  
Atruenan el aire la gente  
Con un «¡vitor!» general.

Sobre un pisador que un paje  
Conduce por el rendaje  
Y chispas del suelo arranca,  
Mojando en espuma blanca  
Los frenos y el atalaje,<sup>1</sup>

Va la princesa, algo erguida  
Sobre el estribo de acero,  
La diestra mano en la brida,  
Y la garnacha cogida  
Contra el arzón delantero.

Lleva un brial con armiño  
Y randas de oro y velludo,  
Y un afollado corpiño  
Que encuadra el seno desnudo,  
Con un collar y un brinquiño.

Sobre la frente, las blondas  
En que la toca remata,  
Flotando en ligeras ondas,  
Y en las muñecas redondas  
Dobles ajorcas de plata.

Marcha el príncipe á su lado  
Con calzas de grana fina,

Jubón verde acuchillado  
Y un rico sayo adornado  
De pieles de cebellina.

La brisa, que á cada instante  
Los crespos rizos enreda  
De su cabello abundante,  
Mueve la pluma ondulante  
De su birrete de seda;

Y mientras con una mano  
Rige el potro jerezano  
Que le bota en los arzones,  
Va con otra, cortesano,  
Saludando á los balcones.

Tras los dos, en un tordillo  
Cabalga Juan de Vivero,  
Y en un rodado morcillo  
Don Alfonso de Carrillo,  
Gran prelado y caballero;

Detrás van damas y gentes  
De Castilla y de Aragón,  
Con magníficos presentes  
Y colores diferentes,  
En ruidosa animación;

Y al extremo, rezagados,  
Escuderos y soldados  
Que del pueblo en la ola viva  
Se abren paso acelerados  
Siguiendo á la comitiva.

Tal á un sol casi de Estío  
Que en yelmos y partesanas  
Refleja como en un río,  
Entre el rumor del gentío

Y el repicar de campanas,  
Va el cortejo caminando,  
Valladolid recorriendo  
Y hacia la iglesia avanzando,  
En derredor levantando  
Nube de polvo y estruendo.

Y aquella cinta que crece,  
Se separa y se acumula,  
Bulle, oscila, resplandece,  
Se desenrosca, se mece,  
Relampaguea y ondula,

Deslizase entre las ramas  
De los arces, y se quiebra,  
Sobre juncias y retamas,  
Como una inmensa culebra  
De refulgentes escamas.

---

Valladolid, robusta y espléndida corona  
Que de Castilla ciñes la poderosa sien;  
Hidalga tierra de héroes, escultural matrona  
De cien ingenios madre, nodriza de otros cien;

Recinto que las artes bordaron de bellezas,  
Sus inmortales obras sembrando aquí y allá,  
Romántico tesoro de históricas grandezas,  
Archivo de recuerdos en que tu gloria está;

Tú, cuyo suelo abonan las ínclitas cenizas  
De sabios y prelados insignes en virtud;  
En cuyo campo abriéranse las empañadas lizas  
Que de la Edad de hierro cantó el viril laúd;

Tú, donde los Concilios y Cortes se juntaron,  
Cuyo fulgor glorioso brillar aún hoy se ve,

Y donde, entre los doctos varones, se forjaron  
Los códigos del pueblo, los dogmas de la fe;  
Tú, en cuyo noble seno socorro halló y fortuna  
La generosa causa que en Villalar cayó,  
Cuyo cadalso viera la sangre del de Luna,  
Y en cuyos calabozos preso Fray Luis gimió;  
Tú, en cuyos viejos templos fulgura y centellea  
De artistas inmortales la inspiración vivaz,  
Y en cuyas anchas plazas no hay piedra que no sea  
Testigo de un suceso, despojo de una edad;  
Tú, en que autos hubo y fiestas, en que se hicie-  
ron leyes,  
En que otorgó el gran Carlos su carta de perdón,  
Donde brillaron santos, donde nacieron reyes,  
Donde escribió Cervantes, donde murió Colón;  
Tú, entre fecundos lauros y vividoras palmas,  
Las venturosas bodas debías proteger  
En que por siempre uniéronse *dos cetros y dos almas*,  
Y con que al fin España, España empezó á ser.

### ASPIRACIÓN

¡Qué extraño secreto de amor sin fortuna  
Somete al encanto sutil de la luna  
El alma soberbia y adusta del mar?  
¡Por qué éste á su influjo retirase ó crece,  
Tan pronto en inmóvil sopor desfallece,  
Como álzase airado, la costa á turbar?  
Dormita, mediada la noche de invierno,  
Su roca en los hombros, el sísifo eterno,  
Rendido á la estéril, continua labor;

Tal vez con el cielo soñando en bonanza,  
Cual sueña con todo lo que es esperanza  
Cuanto es aquí abajo combate y dolor.

Completa es su calma; tan sólo un latido  
De manso oleaje, con lánguido ruido  
Columpia las aguas que vienen y van;  
Y el uno pausado, y el otro uniforme,  
Semejan resuello que el tórax enorme  
Levanta ó deprime del viejo titán.

Es la hora inefable. La vida, al imperio  
De un hondo deliquio, velada en misterio,  
Se abisma en aquella total plenitud,  
Oyendo en sí propia la voz infinita  
Jamás á lenguaje ninguno transcrita  
Con que habla en la noche la augusta quietud.

En este silencio que reina doquiera  
Hay algo como ansia ó anhelo de espera,  
Como una difusa febril lucidez;  
Parece en las sombras flotar un secreto  
Que al cóncavo oído del antro discreto  
El aire en voz baja susurra tal vez.

Entonces, cual torso de náyade que ágil  
Del agua emergiera, su sábana frágil  
Dejando tras ella volverse á cerrar,  
Así hacia el obscuro cenit, poco á poco,  
La curva de un disco de pálido foco  
Remonta el espacio, saliendo del mar.

¿Es faro que playa remota ilumina?  
¿Diadema arrancada de frente divina?  
¿Custodia de plata con hostia de luz?  
Allá cuando á ocaso tocando enrojece  
Cabeza segada del tronco parece

gota de sangre llorada en la Cruz.

Es ella, es la luna; la virgen que en vela  
Mantiene un cuidado tenaz que revela  
Su rostro á que roba la anemia el color.  
Sin duda en amores su pena consiste:  
¿Cuál es lo que á un alma tan sola y tan triste  
Tuviera en los cielos no siendo el amor?

La luna, la muerta que vaga insepulta  
Durante las noches, buscando la oculta  
Mansión de un sepulcro cerrado tiempo há,  
La pálida Ofelia de angustia demente,  
La insomne Julieta que está eternamente  
Un bien aguardando que nunca vendrá.

Apenas el monstruo que el sueño esclaviza  
La siente, despierta, rugiendo se eriza,  
Sacude su espuma cual crin de león;  
Sus bascas redobla, y al fin, delirante,  
Se eleva queriendo besar el semblante  
De aquella adorada, celeste visión.

¡Cuán terca es su brega, su lucha cuán ruda!  
¡La peña le estriba y el viento le ayuda!  
¡Cómo unas sobre otras, hacina olas mill!  
¡Cuál salta y se encorva, cuál pugna y jadea,  
Vertiendo, al esfuerzo, sudor que blanquea  
La costa á lo largo del recio cantil.

Á veces, á modo de fiera en la brama  
Que á gritos de lejos á la hembra reclama,  
Su rastro olfateando del bosque á través,  
Ya en tumbos desfoga su rabia impotente,  
Ya hozando en la arena, fatídicamente  
Gemir de congoja se le oye después.

Ó igual á monarca, fastuoso y liviano,

Que á precio de un reino, queriendo aunque en  
De esquivar hermosura vencer el rigor, [vano,  
En pródigo alarde despliega á sus ojos  
Los ricos presentes que viene de hinojos  
Á echar á sus plantas en prenda de amor.

Le viérais entonces verter de su falda  
Corales y conchas; ceñirse en guirnalda  
De helechos y fucos la espléndida sien;  
Y abrir, á manera de oculto tesoro,  
Los bancos de perlas, los médanos de oro  
Que huella, á su paso, con regio desdén.

¡Mas todo es inútil! En vano dilata  
Los húmedos labios, en vano á la ingrata,  
Brillante quimera pretende alcanzar;  
Allá, hacia poniente, su amada se aleja,  
Y él, triste, en su cárcel de nuevo se deja  
Caer, fatigado de tanto luchar.

Y así una vez y otra, sumiso al halago  
Pendiente de influjo magnético y vago,  
Se agita con ciego, furioso trajín,  
Cautivo en cadena que arrastra invisible,  
Sin que ¡ay! nunca logre su anhelo imposible,  
Ni nunca, vencido, descansa por fin.

¡Oh imagen del ansia que llena la vida  
Por íntima fuerza también sacudida,  
También encerrada por linde fatal!  
¿Quién, triste ó dichoso, ya en lucha, ya en calma,  
No tiene un impulso del mar en el alma,  
Y arriba, en los cielos, un astro idéal!